

# EL DIARIO DE MURCIA

PERIÓDICO PARA TODOS.

ADMINISTRACION: SAN NICOLAS 6.

PRECIO DE SUSCRICION: 4 RS. AL MES.

## RECUERDO FÚNEBRE

### A LAS VÍCTIMAS

DE LA DESASTROSA INUNDACION ACAECIDA EN ESTA CIUDAD LA  
NOCHE TERRIBLE É INOLVIDABLE

## DEL 15 DE OCTUBRE

**DIA DE SANTA TERESA**

QUE HA DEJADO Á ESTA POBLACION LLENA DE LUTO, DE PENA, Y SUMIDA EN LA MAS  
ESPANTOSA MISERIA.

¡Dios haya dado eterno descanso á los pobres  
que han perecido ahogados, sin consuelo, en la horrorosa  
desesperacion de la soledad y de la noche, viendo perecer, con ellos,  
á sus hijos, á sus esposas, á sus madres, y á toda su familia!

¡Descansen en paz esos desgraciados, oscuros hijos  
del trabajo, cuya desesperada agonía les habrá abierto  
las puertas de la celeste inmortalidad.

## R. I. P.

PAN PARA EL POBRE.

AMPARO PARA EL DESVALIDO.

ABRIGO PARA EL DESNUDO.

UNA ORACION PARA LOS MUERTOS.

## A SU MAGESTAD EL REY.

SEÑOR:

La hermosa, la noble, la veneranda, la histórica ciudad de Murcia, es hoy un pueblo miserable. Ha perdido su rica huerta, ha perdido todos sus frutos, ha perdido aquella riqueza de oasis que Vuestra Magestad, aunque niño, pudo un día contemplar, cuando este pueblo os recibió como Príncipe y os saludó con cariño en los brazos de vuestra augusta madre.

Una inundación asoladora, que ha descendido de las sierras repentinamente, ha llevado la desolación, la muerte y la ruina por todas partes. SEÑOR: escribimos estas líneas á la vista de un inmenso número de desgraciados, que desnudos ó harapientos, llenos de lodo y anonados de estupor, buscan por las calles de esta ciudad asilo, después de haber visto arrebatados y sacudidos por las rugientes olas los cadáveres de sus hijos y de los seres más queridos de su corazón. SEÑOR: Turba nuestro pecho, mientras escribimos estas líneas, el ruido lúgubre de las casas que se hunden, sepultando en sus cenagosas ruinas el fruto del trabajo del pobre y el sosten de innumerables familias, que no tienen ya, los que se salvan, otro porvenir que la más espantosa miseria.

SEÑOR: en nombre de esta ciudad, triste como un cementerio y angustiada como Madre cariñosa que vé á sus hijos sin pan y sin abrigo, recurrimos á Vuestra Magestad, llenos de lágrimas los ojos y afligido nuestro corazón; y acudimos, SEÑOR, para pedir á Vuestra Magestad una limosna; para pedir á Vuestra Magestad un consuelo; para pedir á Vuestra Magestad algún socorro en nuestra mísera desgracia.

A ninguna parte deben llegar más á tiempo y ser mejor recibidos los ayes de dolor de los pueblos, que á los palacios del Soberano; y si ese Soberano se llama ALONSO, y si ese pueblo se llama Murcia, que tiene en su escudo Siete Coronas, que son otras tantas joyas que en prueba de amor le regalaron los reyes de Castilla; si se trata de Murcia, SEÑOR, que tiene enterradas en su seno, en el altar mayor de la Catedral, las entrañas del Rey D. Alfonso el Sábio; no cabe duda, los lamentos de esta ciudad, los ayes doloridos de este pueblo llegarán al palacio de Vuestra Magestad y serán consolados.

Abra Vuestra Magestad, SEÑOR, los ojos de su espléndida liberalidad para

esta ciudad de Murcia, convertida en campo de desolación por su desgracia, y merecerá las bendiciones de este pueblo; entonces, el huérfano socorrido, la viuda consolada, el sacerdote en el altar, el poeta en sus versos, y el pueblo en sus cantares, todo el pueblo de Murcia, todo, pedirá al cielo por la salud y por la vida de Su Magestad.

## PORMENORES DEL SUCESO.

No tenemos la tranquilidad necesaria para escribir estos pormenores, temblándonos la mano, por las extrañas sensaciones que una á otra se seducen en nuestro corazón.

La inundación se verificó casi traídoramente: cuando los serenos quisieron avisar á los vecinos estaba ya la población inundada por la parte del barrio San Benito; y á las dos y media de la noche entraba agua por todas las casas de dicho barrio.

El toque repetido de arrebato, que no daba campanadas, anunciaba desde luego que no era incendio y esto contribuyó á alarmar más la población que echó á la calle á averiguar la desgracia que le amenazaba.

Todos nos dirigimos al Puente. ¡Que espectáculo desconsolador, en medio de su imponente grandeza! Aquello era un mar rugiente: los ojos del Puente eran pequeños para dar paso á la corriente, cuyo nivel era tan alto que desde los pretilos se podía tocar el agua.

Como muchos vecinos de la ciudad, tienen fama en el Barrio, cruzaron algunos el puente ávidos de saber la suerte de sus parientes, y el agua los derribó en el mismo fieltro, sufriendo la incertidumbre y la pena más amarga.

Allí, y en los primeros momentos, llegamos nosotros y vimos la intrepidez con que el valeroso cuerpo de la guardia civil se lanzó al agua á prestar los socorros que pudiera y hasta donde le fuera posible á los que los necesitaran. ¡Gloria, honor á esos valientes!

De este cuerpo se cuentan heroicidades. El sargento Azcarate salvó á algunos infelices, casi con el agua al cuello en la calle de la Greña y en otras del barrio ayudado de los guardias que le acompañaban.

Allí vimos al Sr. Gobernador civil, los concejales Lorente, Illan Gonzalez, Calvo, Almazan, Heras y otros, adoptando algunas disposiciones, las que eran posibles, en aquellos momentos de angustia y alarma.

Allí vimos á los gefes de la guardia civil. Todos queríamos hacer algo, y ninguno atinábamos cómo.

Algunos coches pasaban al Barrio y recogían á los que podían.

Húndese una pared del Matadero con lúgubre ruido; momentos de estupor.

El agua crecía y crecía. La oscuridad era completa, solamente la llama de algunos hachones contribuía á dar un aspecto más pavoroso al terrible cuadro.

Oíanse por todas partes gritos pidiendo socorro. Tápase la puerta del Malecón por donde el agua amenaza á la ciudad, marcando una altura de varas sobre el muro del Malecón.

Las alcantarillas, y los caños de la ciudad reventan, y el agua llega hasta la calle de las Mulas dando todo San Pedro. También se inunda el llano

tal, la Cárcel, la Catedral, plaza de Cadenas, barrio de San Juan y San Andrés.

Llega el día y se véla desgracia en toda su realidad. El cuerpo de bomberos quiere combatir con el terrible elemento y busca el sitio del peligro.

Desde el Malecón se vé unas mujeres sobre un terrado en el mayor peligro, y dos bomberos atados de cuerdas cortan á nado ¡oh valientes! la veloz corriente y se lanzan al peligro.

El «Torrao» hace una barca de zarzos y se confía en él. Voto á buscar gente en peligro; y al cabo de algunas horas aparece con una mujer y una niña á quienes salva de la muerte.

En el barrio ¡qué dolor! las mujeres casi desnudas, y los niños se amparan en los terrados; con las manos se horadan las paredes, y se levantan los techos de los terrados para salvar á los que piden socorro dentro de las habitaciones.

Un padre, de una puñada, tira un tabique de una terreta para salvar á sus hijos.

Los bomberos con zarzos y con artesas salvan en el voto á infelices que encogidos sobre las ruinas de sus viviendas piden socorro.

¡Ah! ¡el Puente! las tartanas vienen llenas de infelices que lo han perdido todo, solo saben llorar. De aquellas tartanas salen mujeres envueltas en mantas, llorando, desnudas, llenas de barro; los niños lloran, las madres lloran, los hombres están aturcidos, no saben lo que les pasa.

Dos ahogados del barrio, una anciana y una niña. Dicen que hay mas ahogados, dicen que hay mas víctimas; ello es que la huerta es un mar, que mas allá de la estacion, que mas allá del Canapé, que mas allá de la estacion, que mas allá del Arco de la Plaza de los Toros, nada se oye, no hay mas que un mar tranquilo de turbias olas que tiene como la tranquilidad de una tumba.

Los pobres miserables que se van librando del agua, se albergan en el palacio del obispo, en el instante, en todas partes, y sentados sobre el suelo las madres con sus hijos en brazos y los hombres tirados en el abandono de la desesperación, lloran el hogar perdido.

Se empieza á fabricar pan. Todos piden auxilio, todos piden socorro. Una á una van desapareciendo las casas de la huerta, las que no se hundan se las lleva el agua.

Un forastero, un lorquino, se porta mejor que si fuera murciano. El Sr. Mergelina ¡honor y gloria á su nombre! con su magnífico coche y guiando él mismo, alpicado de lodo, sus dos briosos caballos, vá y viene pesadamente, y en cada ida y venida salva de la muerte á gran número de infelices. Desde las nueve á una no cesa, en su hercúleo trabajo. Gloria, honor y prez á D. José María Fernandez Mergelina.

Los que se internan por los caminos de la huerta ven noticias pavorosas. En el camino de Alcantarilla hay muchos cadáveres.

Cada concejal lleva un coche ó tartana, se internan en la huerta y vuelven cargados de naufragos.

Dicen que hay ahogados en las mismas cruces de moreras. Algunos que se han atado á los troncos de los árboles para que la corriente no los arrastre, han perecido allí ¡qué horror!

A las cuatro de la tarde llegó en el tren el general Arcon con barcas, buzos, y marineros, y desde el instante que pue de llegar el tren, los distribuye en socorro de la huerta. ¡Que sean los marinos, bendito el general Ar-

Se aproxima la noche: ¡que noche nos espera! Dios del cielo, apiádate ya de esta ciudad; extiende sobre el firmamento tu iris de paz, para que al menos salgamos de esta cruel incertidumbre.

A las ocho se distribuye en el palacio del obispo un rancho abundante á los pobres salvados.

La guardia civil, la benemérita guardia civil, está descansando un momento en el Ayuntamiento para volver á salir á la huerta con sus jefes Rivera, Herrera y Valdivieso; no llevan mas armas que una caña para tantee el terreno.

Con todo el que hablamos nos cuenta lástimas y heroicidades.

En el camino de Alcantarilla, junto á una bardiza se ha visto un niño como de cinco años muerto, y cerca de él una mujer tambien ahogada.

En Aljucer una casa que se ha hundido ha sepultado siete infelices: el agua ha llegado al altar mayor.

En Nonduermas han perecido familias enteras, una de seis individuos.

En Beniajan un padre ha luchado de ferrado en terrado por salvar sus hijos, le ha faltado tierra, y todos han perecido.

En Alcantarilla que se sepa ha habido ocho víctimas.

Ayer, entre los que había en el hospital y los que se han visto por los caminos, se contaban más de cuarenta víctimas.

#### ALCANCE DE ESTA MAÑANA.

Todavía no se puede pasar á pié mas que hasta el Cármén.

Por noticias de anoche, se sabe que en Orihuela no ha tenido la riada las consecuencias funestas que aquí.

Esta mañana han salido todos los tartaneros y coches de alquiler de Murcia para todos los caminos.

Todos los gefes, oficiales é individuos de la guardia civil, los dependientes de órden público y guardias municipales van en dichas tartanas.

Desde esta madrugada está el Sr. Alcalde en su despacho, atendiendo á las mil necesidades del momento.

Toda la noche, nos han dicho algunos vecinos de Barrio que se está oyendo el ruido de las casas caerse.

El camino nuevo y toda la huerta está sembrado de sillares, muebles, ropas, y restos de viviendas. Hoy vá á ser el día cruel; día en que vamos á nuestra desgracia. Hoy mismo debe salir una comisión autorizada y respetable de hombres de todos partidos á pedir clemencia para Murcia, á Madrid.

## CARIDAD.

¡Murcianos, murcianas! Mandadnos á esta recaudación la ropa vieja que tengais de hombre, de muger y de niños, que nosotros nos encargaremos de dárselas á los pobres. Sacerdotes, escitar la caridad; pueblo, manifiéstate grande, y a que grande es tu desgracia!

## AL GENERAL MARTINEZ CAMPOS.

Ya conocéis nuestra desgracia. La ciudad que un día os diera amistoso alojamiento y os recibiera con cariño, se ve hoy sumida en tal quebranto, que necesita del amparo, del socorro del Gobierno de S. M. que presidís honrosamente con la voluntad y simpatía de todos los españoles. En nombre de este abatido y lacerado pueblo, ¡oh esforzado general! en nombre de tanta calamidad como nos rodea, os pedimos que iniciéis una suscripción nacional que pueda levantar á Murcia de la miseria.

Las miles de tahullas ricas de nuestra feraz huerta, llenas de fratos y beneficiadas por el trabajo, se han convertido en lecho fangoso de un lago, que ha sorbido, en el espacio de muy pocas horas, el trabajo de siglos y las riquezas acumuladas de cien generaciones.

Ya no hay, no habrá por muchos años, huerta de Murcia, única fuente de riqueza de esta población; pues las aguas, con una incomprensible rapidez, lo han arrasado todo, árboles y sembrados, casas y chozas, animales y plantas, enterrándolo todo bajo su soberbio oleaje y dejando á más de diez mil labradores en la más horrible miseria. Todas las cosechas del verano, todos los ahorros del granero, todo el pan del invierno, el trigo de la sementeras, la leña, la ropa, los aperos de labranza, todo lo ha perdido el pobre labrador de la huerta de Murcia.

Señor, en el nombre de esta ciudad, en el nombre de noventa mil almas abatidas, llenas de pena y de dolor, os pedimos una limosna, y os pedimos que intereseis á toda España para que acuda á nuestro socorro, pues son tantas nuestras penas y tan grandes nuestras desdichas, que nosotros solos, si la nación no nos ayuda, no podremos nunca levantarnos de la miseria en que hemos caído.

Hay que levantar más de mil casas; hay que volver cultivable una extensa vega; hay que dar pan, socorro, ayuda y trabajo á más de veinte mil personas; hay que tender una mano cariñosa á todo un pueblo; y todo eso, Señor, no puede hacerse, si el Gobierno que presidís no lo hace.

Excmo. Sr. General D. Arsenio Martínez Campos, que sea un timbre más de vuestra gloria, un laurel de los muchos que adornan vuestra noble frente y vuestra envidiada historia, la restauración de esta ciudad; y los murcianos todos, que os quieren y os respetan por vuestros muchos meritos, bendecirán por siempre vuestro nombre.

## EN NUESTRA DESVENTURA.

¡A llegado la ocasión de escribir en letras de oro ó caracteres de ignominia los nombres de los hijos de Murcia.

¡A llegado por Murcia, todo para Murcia. Las diferencias políticas han terminado. La desgracia, la inmensa desgracia que nos agobia, nos debe hacer á todos hermanos.

No debemos tener voz más que para pedir. Todos, todos, nos hemos quedado pobres; y todos debemos ayudarnos. En las grandes calamidades que afligen á los pueblos, se parte el pan y el lecho, la casa y el cariño con el desgraciado.

Murcianos, levantad vuestro corazón: los que tengáis caridad, hacedlo por amor de Dios. Dad las ropas de deshecho de vuestros hijos para los hijos de los pobres que han quedado desnudos; dad los pedacitos de pan que os sobren; dad el dinero de algun

lujo, de algun vicio ó de algun capricho, porque la miseria es muy grande. Llevemos entre todos la desgracia, mientras la Nación, el Rey, y el Gobierno no nos socorren.

S. M. el Rey se apiadará de nuestra desgracia; el invicto general Martínez Campos atenderá nuestros ruegos, y el Gobierno no nos puede abandonar.

Tiene además Murcia muchos hijos que le ayudarán en su desgracia. D. Antonio Cánovas del Castillo, diputado por esta ciudad cuando no lo ha sido por la provincia, hijo adoptivo de Murcia, cuyo nombre ha honrado el municipio, conceptuándolo digno de escribirse en mármol en su salón de sesiones, y entre los de sus hijos más ilustres, no puede olvidar á esta ciudad, donde tiene partidarios de sus ideas, amigos personales, que hoy sufren, viendo la miseria irremediable de su pueblo.

El Marques de Corvera, el antiguo ministro de Doña Isabel, el que tiene dicho bajo su firma que no olvidaría nunca á esta ciudad ni en sus alegrías ni en sus penas, no puede negar que esta ciudad es la tierra predilecta de sus hijas.

D. Lope Gisbert, donde quiera que se halle, aunque este al otro lado de los mares, cuando sepa que el vegetal murciano, que cantara en sus versos, no es más que un inmenso tarquinal, ciertamente que pondrá todo el peso de su valiosa influencia en favor de su patria.

Selgas, D. Jose Selgas, el secretario de la Presidencia del Consejo de Ministros, que en los floridos huertos de naranjos y limoneros de esta vega respiró las suaves brisas que perfuman las hermosas poesías de su «Primavera», Selgas, que es buen murciano, Selgas, que puede hacer hoy tanto por esta ciudad, no olvidará á tantos pobres murcianos como han quedado en la miseria.

El general Sr. D. Manuel Cassola á quien las simpatías personales de Murcia le han dado la representación en la corte, de esta provincia; el general Cassola el amigo de Martínez Campos, cuánto no puede hacer, y desde luego hará, por este atribulado pueblo.

Los demás diputados y senadores como D. Diego Gonzalez, D. Francisco Melgarejo, Zabalburu, D. Angel Guirao; los hijos notables de esta ciudad que en actualidad tienen una gran representación política como Vergara, Herranz, Arnao, Sandoval, Starico, Samalo, Corvalan, Balazote y otros; los murcianos que ocupan un puesto honroso en la prensa de Madrid, como Navarro, Aldeguer, Baquero, Baleriola, Bermudez, Vicente, Gil y otros: todos volverán sus ojos á esta ciudad desventurada y lucharán con noble emulación por sacarla de la miseria.

Al gobernador D. Mariano Castillo, á la Diputación al alcalde D. Pascual Abellan y al actual Ayuntamiento, toca ordenar todos los esfuerzos y hacer los primeros y grandes sacrificios que requieren lo crítico de las circunstancias.

## BOLETIN RELIGIOSO.

SANTO D. HOY.—San Galo ab., san Florentino ob. y santa Adelaida vg.

VELA Y ALUMBRADO.—Está hoy en las iglesias de Carmelitas y Sta. Catalina.

En la primera por

D. MANUEL COSTA, y difuntos de la familia. misas de hora.

Y en la segunda por

D. LINO TORRES ABAD, misas de media en media hora.